

2020

Hechos del Mascardi y otros poemas

Diego Bentivegna

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Bentivegna, Diego (April 2020) "Hechos del Mascardi y otros poemas," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 91, Article 28.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss91/28>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Diego Bentivegna

Familiares, amigos, comunidades mapuche y organizaciones sociales despidieron este lunes los restos de Rafael Nahuel, el joven de 22 años que murió el sábado tras sufrir un disparo en medio de un operativo de fuerzas federales en Villa Mascardi.

Anbariloche, 27 de noviembre de 2017.

Toda la noche,
los pájaros han estado
contándome sus colores.

J. R. J.

Restos de una elegía

*Quién podrá escucharnos, preguntabas.
Al costado del camino
el lago apenas se movía
con una leve brisa
que para la región, en noviembre,
era más bien benévola.*

Ahora entre el coro de los ángeles.

A unos pocos kilómetros estaban
esas cosas tremendas: el aire
transparente,
la luz plena de los cerros.

Hechos del Mascardi

En el fondo viajaban unos suecos.
En verdad, no sé bien si eran suecos, daneses,
novios de una Islandia remota,
rostros como de las películas del Ártico.
Subimos a la combi con un chico medio hippie
y con una mujer joven,
alguien de la zona, con rasgos de alemana,
como del bosque, como una leñadora.

Ella y su esposo nos habían visto hacía un rato en el sendero
mientras caminábamos uno junto al otro
debajo de los pinos, de las araucarias,
sin decirnos nada, sin cruzar
una palabra,
como en los caracoles de los cerros.

Las armas, los prefectos. Un helicóptero
quebraba para siempre
el aire claro.
Cada uno caminaba encerrado en su pequeño mundo,
y ninguno
había escuchado ni gritos ni disparos. Nadie.

Restos de otra elegía

Allá, en el valle
donde viven las más viejas, una de las penas
se hizo cargo del chico. Le dijo: "Mirá,
nosotras hace tiempo,
éramos una misma familia,
formábamos parte de una estirpe muy grande.
Nuestros padres
excavaban las minas en la montaña grande,

cruzaban de vez en vez los cerros, veían
 de cerca los glaciares,
 esos lugares
 donde vos y tus amigos
 encuentran en ocasiones petrificada cólera
 de un volcán extinto, pequeñas
 piedras trabajadas por los antiguos, pedernales,
 puntas de flecha,
 ralladores, una piedra muy afilada,
 un canto chiquitito.
 Se cruzan con esos restos de los viejos".

Una excursión...

Ese día dijimos que para los dos
 todo lo que vimos ya era suficiente:
 los disparos,
 la nieve obsesiva que me aterra,
 el agua, el agua terriblemente pura.

Nos volvimos.

Entresueños,
 vemos por las ventanillas el poblado
 donde nació en el siglo XIX Ceferino.

En la ruta nos detiene un accidente.
 La estepa se vuelve insoportable.
 Regresamos del sur en un ómnibus.
 El lento viaje dura más de un día.
 Contamos por lo menos cinco ecosistemas:
 bosque cordillerano, serranías,
 estepa patagónica, valle del Río Negro, otra vez
 la estepa y al final la llanura bonaerense
 con su verdor, sus bañados y sus pájaros.

Al principio la ruta bordeaba
 las formaciones rocosas
 a orillas del Limay,
 la superficie terrestre que se curva
 en el borde del mundo,

como si fuera
un planeta distinto
a la deriva.

“Hecho presenciado por el autor”

“En 1907 soñó una machi
que el 24 de junio reventarían los cerros
inmediatos a Temuco
i sepultarían la ciudad,
como castigo a los chilenos
por sus persecuciones contras los indígenas.
Revelado el sueño,
los mapuches de los alrededores
huyeron al sur
en vísperas del día fatal”.
Tomás Guevara, *Psicología del pueblo araucano*, 1908.

Chateaubriand

Atala, espesuras de América. Los grandes lagos.
Palabras en una lengua muerta
cantadas en las cimas de los árboles
(ver Barthes, *Preparación*,
clase del 16 de febrero de 1980).

Llegará un día
en que los únicos
que van a hablar el idioma de los viejos
van a ser los pájaros.

Son retamas

Llegamos, y la tierra vista desde el taxi
estallaba con flores amarillas. El conductor
nos daba charla. El último
invierno había sido, decía,
el más frío del que se tuviera memoria.
Casi treinta grados bajo cero.

Lo repitió dos o tres veces. Casi treinta grados.
Todo era nieve, todo estaba congelado,
como si fuera a durar
desde ese momento y para siempre.

Hacía un rato, cuando bajamos,
vimos todo el campo cubierto de amarillo. Vimos
las flores, pero no sabíamos su nombre.
El taxista nos dijo “son retamas”.
“Ahh, claro. Mi papá nos decía
que en esta época
acá hay muchas flores. Es ingeniero,
tiene una memoria enorme,
como la de un viejo elefante,
y por eso, tal vez,
cuando viajábamos por la ruta con toda la familia
él desde el auto, mientras manejaba,
señalaba las plantas y decía
el nombre de cada una de ellas”.

Botánica y zoología

Mi memoria, pensaba, es mucho más precaria.

Cuando era chico me internaba
en el manual de botánica que usaban mis hermanas.

Ese libro
tenía ya el olor de los objetos viejos, el olor
de las cosas que no se han del todo muerto.

Venía
de un planeta amarillo
que en algunos de los rincones de la casa existía.

En cambio, su mellizo
nunca me había atraído demasiado.
El de zoología mostraba
sin pudor dibujos de mamíferos abiertos,
conejos con las vísceras expuestas,
como los sapos aplastados en la ruta.

Como los pájaros fusilados,
esos que vimos en las colecciones del Museo.
Las aves que encontramos en los muebles antiguos
cuando nos perdimos
por los pasillos del subsuelo,
con su olor a formol, el fantasma del monstruo
de las aguas que rondaba,

el terror de quedarnos
para siempre en las entrañas.

Subsuelo

“Bueno, donde estamos no es exactamente
el subsuelo -me decías- porque está al ras del piso,
aunque en realidad
el espacio es muy oscuro. Los laboratorios del museo
se conectan con pasillos estrechos, catacumbas
casi sin luz, con una atmósfera pesada”.

“Una mazmorra”, contesté como un idiota,
“como en una novela del siglo XIX”.

Dora Markus,

nos perdimos
en el corazón de la pirámide.
Buscábamos
algún resto que pudiera sostenernos.

Adentro encontramos en los cajones
mariposas mutiladas,
piezas arqueológicas,
minúsculas jirafas y búfalos,
imágenes de África
que los esclavos trajeron en sus ojos,

pájaros sin entrañas,
alimentos terrestres.

Ibáñez

Alternaba
ese manual de botánica del que nunca
supe ni título ni autores,
con la lectura del manual historia.

Como un hilo de cuentos.

La muerte de Atahualpa,
las guerras de Italia, los primeros disparos, los grabados
con el rostro alunado de Lutero, su entrada en Worms,
el *Volk* en los techados de una ciudad de cuento,
una ciudad oscura, con sus tejados góticos,
como filmada en los UFA de los años,
la mano melancólica de Melanchton,
matanzas de las guerras campesinas, el cielo
abierto del que no bajaba nunca ningún ángel,
pesados galeones hundiéndose en las olas,
batallas mediterráneas contra el turco,
las grandes asambleas, los otomanos a las puertas
de Viena, los grabados de Ulrico
con su armadura lustrosa en un pampa renana,
sus armas que brillan entre los querandíes y la ciudad sombría,
al borde de un desierto líquido,
el disparo de arcabuz
que desgarró el cuerpo del monstruo,
las olas,
las sirenas.

Lenta ginestra

“...sino el viento de Terranova,
sin relación con la planta exiliada”, Chateaubriand.
Memorias de ultratumba.

En italiano “la retama” se dice “la ginestra”.
Es la planta que crece en el desierto, que nace
en las faldas de los Apeninos y los Alpes,
en las laderas
del exterminador Vesubio. El último poema

de Leopardi -tal vez, dicen,
su obra más gloriosa-
está dedicado a esa planta.
La vida vegetal que persiste en lo árido.

Invasiva

En Patagonia, en cambio, la retama
no es una especie autóctona:
genera, al parecer, un gran desequilibrio
entre las especies.
Desde el punto de vista ecológico, altera
-con su persistencia y con su capacidad
abrumadora para proliferar una vez
que se la ha creído extirpada-
la tierra y el paisaje.

Don de llanto

Cuando la combi pasó por la orilla del lago
y volví a ver después de muchos años
el follaje, las piedras, el agua
me vino el don de llanto.

“Lo que me pone así
son los árboles, las plantas”.

Podemos bajar hasta el agua siguiendo el sendero
que atraviesa el bosque. Un camino
que se interna entre los pinos,
con algunos árboles caídos que trepamos
y un suelo que, por la acumulación de restos vegetales
sutilísimos, parece cubierto
por una alfombra verde.

El camino
cruza una propiedad de los jesuitas
y llega hasta una playa
donde hay una larga cruz de madera,
alta unos dos metros.
Recuerda tal vez al primer europeo

que tocó estas mismas aguas en la colonia
y que hoy le da su nombre al lago.
Ya hace un poco de calor Vemos unos caballos.
Algunos animales
pastan tranquilos como en la décima elegía.
Vemos el camping,
vemos la gente metiéndose en el lago.

Todo el tiempo
el agua del Mascardi, el color más hermoso
que vimos en la vida; todo el tiempo
las montañas celestes;
todo el tiempo el aire.